

Los ídolos quebrados, destruidos,
La falsa adoracion suya dejando,
Prestar á tu doctrina los oídos,
A Dios el corazon aparejando;
Mas al que por de lluvia yo tenia
Por qué se deba honrar saber querria.

«Sé que es cosa que nadie hay que la vea
De quien en gran honor no sea tenida,
Y sin saber qué causa dello sea
A amarla los espíritus convida.
Lo cual es ocasion de que se crea
Que alguna virtud tiene no sabida,
Algo divino y santo que en efecto
Debe ser á nosotros aun secreto.

«De seis que á Yucatan han aportado
De vuestros mismos trajes y manera
Sabido hubiera ya lo deseado
Si modo para haberlos yo tuviera;
Mas están en poder de un rey malvado
Que no podrán haberse como quiera,
Presos para comer en una sima,
Y ellos tienen la cruz en grande estima.»

Cortés atentamente le escuchaba
De amor y maravilla y gozo lleno,
Por ver cuán fácilmente se apartaba
Del ciego error y del profundo cieno,
Y lo que para el caso les restaba
Remite á la sazón del tiempo bueno,
En tanto que librar los seis cristianos
Procura de poner cuidado y manos.
Sospecho, y nada más, que para encare-

cer el efecto que produjo la alocución de
Cortés, escribiría Terrazas las siguientes
octavas.

Naturaleza sábia, gran maestra,
Regida del saber omnipotente,
No solamente en el criar se muestra
Madre amorosa y sierva diligente;
Mas para conservar la vida nuestra
Provee de lo que más es conveniente,
Dando defensa de su larga mano
Desde el hombre soberbio al vil gusano.

Dióle al leon aquella fortaleza
Por quien toda otra fiera se le inclina,
Al toro duras armas y braveza,
Vuelo á la simple y mansa golondrina,
A la tímida liebre ligereza,
Al torpe zorro la hedionda orina;
Hasta á la abeja y al gusano el cielo
Dió el aguijon y el ponzoñoso pelo.

Al hombre sólo que en el mundo manda
Y para quien el resto fué criado
Dióle por armas una gracia blanda
En el hablar suave y avisado.
Con esto al enemigo duro ablanda
Y viene á ser de amigos prosperado,
Con esto á sí el querer de todos tira
Quebranta y doma el odio y mortal ira.

Que si con señas pudo y con meneo,
En tanto que silencio profesaba
Amansar el famoso Tíaneo

El pueblo que á su rey matar tentaba,
Y sin hablar palabra el caso feo
De la plebeya furia en paz tornaba,
Qué no hará una lengua comedida
Llamada con razon árbol de vida.

Veamos ahora cómo refiere Terrazas los
sucesos de Gerónimo de Aguilar.

Cuando con tal cuidado y diligencia
Aun para casos fáciles, livianos,
Un hombre á sus ministros en ausencia
Suele proveer con liberales manos:
Qué hará la Divina Providencia
En sus divinos hechos soberanos
Si no proveer de todo muy cumplido
A quien para sus cosas ha escogido.

Escoge á Cortés Dios por instrumento
Para librar su pueblo del profundo;
Que lleve al prometido salvamento
No sólo un pueblo, todo el nuevo Mundo.
Tuvo Moysen de lengua impedimento
Tambien lo tiene aquí el Moysen segundo:
Al uno proveyó de Aron, su hermano,
Para el otro guardó vivo un cristiano.

Quién no creará que de El fué permitido
Que en tierra de enemigos se perdiese
Uno que estando entre ellos oprimido
Su lengua y sus secretos entendiese;
Que Cortés por el caso referido
Con tal peligro á Acuzamil volviese,

Y que por la tormenta se tardase
Hasta que la canoa allí llegase.

Dejé, Señor, á Tapia en la emboscada
Los cuatro navegantes esperando;
Llegados ya á la arena deseada
Y por la tierra adentro caminando,
Salió la oculta gente á mano armada
Los descuidados hombres asaltando;
Al agua se tornaban los tres dellos
Y el uno porfiado á detenellos.

En lengua no entendida se hablaron
Y en fin de su hablar se detuvieron;
Mas aun del todo no se aseguraron,
Antes la flecha y arco apercibieron,
Y así como animosos esperaron
Los doce que al encuentro les salieron,
Y el uno á todos va de buena gana
Hablando en nuestra lengua castellana.

Hablando con los que iban delanteros,
«Decí, señores, decí ¿sois cristianos?»
«Sí somos, le responden, no extranjeros,
Y naturales somos castellanos.»
Y el los llorosos ojos lastimeros
Alzando al cielo juntas ambas manos
Estando en la arena arrodillado,
Dijo: «Seais mi Dios siempre alabado.»

Deshácese llorando de alegría
Haciendo gracias al bendito Cristo,
Que ya por su bondad libre se via
Del largo cautiverio en que se ha visto.
De la infiel y dura tiranía,

Del bárbaro poder del Anticristo:
Si es miércoles entónces preguntaba
Que aun unas Horas tiene en que rezaba.

Andrés de Tapia llega á levantallo
Y todos á dar gracias le ayudaron
Uno á uno vinieron á abrazallo
Y de placer con él todos lloraron.

Al capitán acuerdan de llevallo
Que en ir á donde está poco tardaron,
Mil cosas preguntando y respondiendo,
Consigo esotros tres tambien trayendo.

Como venido ya á su propia tierra
Es recibido el hijo peregrino
Que tenido por muerto fué en la guerra
Y acaba en cas del padre su camino,
Que el uno hermano y otro con él cierra
Abrazañdo al hermano que les vino,
Y aun no le dan lugar de ver la madre
Ni de besar las manos á su padre.

Así corriendo de una y otra parte,
Como si fuera hermano muy querido,
Vinieron todos luego de aquesta arte
A ver á su español recién venido;
Que apenas de un abrazo se desparte
Cuando otro y otro están con él asido,
Sin dar casi lugar desta manera
De poder ir á do Cortés lo espera.

Llegado á su presencia y de la gente
A besalle las manos se arrodilla,
Y como aquel por quien librar se siente
Llorando de terneza se le humilla.

Cortés lo recibió amorosamente
Tambien enternecido á maravilla:
Vestirlo manda, y que le cuente á una
Quién es y cuál ha sido su fortuna.

En todos no quedó corazón fuerte
Que viéndole llorar dolor no sienta,
Y dijo: «Aunque no sé en qué modo acierte
De tanta desventura á daros cuenta,
Atento oid, señor, mi triste suerte
Que aun su memoria el alma me atormenta:
Gerónimo mi propio nombre ha sido
Y tuve de Aguilar el apellido.

«En Ecija nació, y á Dios pluguiera
Que en Ecija tambien me sepultara
Y el juvenil hervor no me trajera
Do tanta desventura me hallara;
En casa de mis padres me estuviera
Y con mi suerte allí me contentara:
Que no me ha sido el cielo tan avaro
Que no me diese un padre rico y claro.

«El año de once fué la suerte dura
Que para la Española dimos vela,
Y al triste fin, á fin tan sin ventura
Nos lleva una pequeña carabela.
Llegando á Jamaica muy segura
De estar cerca del corte de la tela
En los bajos de Víboras caimos
Do el oro y nave y todos nos perdimos.

«Como aventado ciervo va corriendo,
Espesas matas y árboles saltando
Que del ruido sólo va huyendo

A la encubierta red enderezando:
Así nosotros con buen tiempo yendo
Incautos nuestro mal no recelando,
Primero nos hallamos ya perdidos
Que fuésemos del daño prevenidos.

«Digo que vimos la infelice tierra
Del malvado cacique Canetabo,
Que si crueldad, que si maldad se encierra
En el reino infernal de cabo á cabo,
La suma, el colmo della en paz y guerra
Se vió en aqueste solo por el cabo,
Horrenda catadura, monstruosa
Ronca la voz, bravísima, espantosa.

«La cara negra y colorada á vetas,
Gruesísimo xipate (1) por extremo,
Difícil peso para dos carretas,
Debió ser su figura Polifemo;
De tizne y sangre entrambas manos prietas,
Bisojo que aun soñarlo agora temo;
Los dientes y la boca como grana
Corriendo siempre della sangre humana.

«Venimos á poder del monstruo fiero,
A la inhumana á la bestial presencia,
Cual simplecico al lobo va el cordero
Pensando que su madre lo aquerencia,
Que en los dientes se ve del carnicero
Pagando con la vida la inocencia:
Al sacrificio así fuimos llevados
Creyendo que era á ser muy regalados.

(1) Parece ser corrupcion de *xipalli*: tal vez de *tenxi-palli*, bezo ó labio grueso. [Molina.]

«Al triste de Valdivia echó las manos
Para cenallo luego el primer día,
Que ya con unos golpes muy livianos
En vano su morir entretenía,
Ya con promesas, ya con ruegos vanos,
Porque con la flaqueza no tenía
Más de sólo el sentir para sentillo,
Sin fuerzas ni poder de resistillo.

«Como al pollo llevar suele el milano,
Que apenas se rebulle y se menea,
Así el flaco Valdivia clama en vano,
Forceja entre sus brazos y pernea.
Echólo en un tajon de piedra llano
Con tosco pedernal en él golpea,
Sacóle el corazon vivo del pecho
Y ofrenda á los demonios dél ha hecho.

«¡Oh buen Valdivia! que tu muerte esquivas
Y el alma á Dios ofreces juntamente;
Si va en tu voluntad víctima viva
Te haces de tu Dios omnipotente:
Qué demonio podrá ser que reciba
Tu noble corazon dado en presente:
Mal quitarán ministros del infierno
El sacrificio hecho á Dios eterno.

«Del casi vivo pecho palpitando
La sangre Canetabo había bebido,
Cuando su cuerpo ví descuartizado
En pequeños pedazos repartido:
Mas porque está un banquete aparejado
Y aquesta colacion muy breve ha sido,
En otros cuatro hizo aquel malvado
Pasar lo que Valdivia había pasado.

«Como en el rastro vemos los carneros
Que uno á uno se van disminuyendo,
Y al ojo y voluntad de los jiferos
Este y aquel y estotro van asiendo;
Así los miserables compañeros
Vimos llevar al sacrificio horrendo
Donde cinco dellos acabaron
Y en cebo á estotros siete nos guardaron.

«Una jaula de vigas nos hicieron
De grosor indecible y de grandeza,
Y á cebo como á puercos nos pusieron,
En tanto que duró nuestra flaqueza.
¡Oh cuánta mayor hambre padecieron,
Por excusar un fin de tal crueza!
Pues toda la cuitada compañía
Por no morir, de hambre se moría.

«El tiempo de una fiesta se llegaba,
Que suele ser de treinta en treinta soles,
La cual muy más solemne se esperaba
Con plato de los tristes españoles.
El bárbaro instrumento resonaba
De rallos, huesos, gaitas, caracoles,
Y aquello se entendía, sin experiencia,
Que fué notificarnos la sentencia.

«Dos cuchillos guardamos escondidos,
Que no sé cómo no nos los hallaron,
Pues cuando en la prision fuimos metidos
Sin que quedase cosa nos cataron.
Los maderos más bajos escondidos
Con ellos á gastarse comenzaron,
Como el que un monte de grandeza inmensa
A puñados de tierra acabar piensa.

«El instrumento boto, chico y malo
Con que se fabricaba la salida,
La gran dureza de aquel grueso palo
Y la menguada fuerza enflaquecida;
Tan gran labor, tan breve el intervalo,
Quitaban la esperanza de la vida,
Que si por no perdella se ayunaba
Para poder salvalla nos dañaba.

«Mas tanto hizo el miedo de la muerte
Que ya ya á los alcances nos venía,
Que ovimos de romper la jaula fuerte
Casi dos horas ántes de ser día,
Cuando del largo baile nuestra suerte
A todos ya cansados los tenía
De nuestra libertad muy descuidados,
En vino y grave sueño sepultados.

«Del maldito estalaje nos libramos,
Salimos del lugar sin guía ninguna,
Y con la luz escasa caminamos
Del émulo del sol y de la luna,
Hasta dar en un monte do esperamos,
No la salud, no próspera fortuna,
Sino tan solamente procurando
Poder morir siquiera peleando.

«Y allá en la furia ardiente de la siesta,
Habiendo sin parar gran tierra andado,
Topamos al bajar de una gran cuesta
Un pequeño escuadron bien ordenado.
Lr poca gente de Aquincux es esta
Con Canetavo el fiero enemistado,

Señor de un pueblo dicho Xamanzana,
Tratable gente y algo más humana.

«Dijera de sus tratos y costumbres,
Cómo hubimos la gracia desta gente,
Puesto que en cautiverio y servidumbre
Sin esperar más bien perpetuamente.
Mas ya Calixto puesta en la alta cumbre
Trastorna la cabeza al occidente,
Y la callada noche se resfria
Y á los ojos el dulce sueño envia.

«Las guerras que acabamos y vencimos
En tiempo de Aquincuz, que fué muy breve,
Y de Taxmar su hijo á quien servimos
Espacio de ocho años ó de nueve,
La mísera miseria que sufrimos
El alma á renovalla no se atreve;
Basta sabér que en fin nos acabamos
Y que otro solamente é yo quedamos.

«En Chetemal reside ahora Guérrero,
Que así se llama el otro que ha quedado,
Del grande Nachamecan es compañero,
Y con hermana suya está casado:
Está muy rico para marinero,
Agora es capitán muy afamado,
Cargado está de hijos, y hase puesto
Al uso de la tierra cuerpo y gesto.

«Rajadas trae las manos y la cara,
Orejas y narices horadadas;
Bien pudiera venir si le agradara,
Que á él también las cartas fueron dadas.
No sé si de verguenza el venir pára

O porque allá raíces tiene echadas;
Así se queda, y solo yo he venido
Porque él está ya en indio convertido.»

Los ánimos de todos los oyentes
Dejó de un miedo helado, casi llenos,
Los pelos erizados en las frentes,
Los corazones muertos en los senos,
Viendo que van á do se comen gentes,
A donde de piedad son tan ajenos,
Do no valen palabras ni razones,
Regalos, ni promesas ni otros dones.

La octava siguiente (de Terrazas) está de
por sí en otra parte del código; mas parece
que no quedaría mal entre la primera y se-
gunda del fragmento anterior.

Al gran caudillo de la gente hebrea,
Para sacalle á tierra prometida,
Le proveyó de lengua suficiente
A causa que la suya era impedida
De esfuerzo, autoridad, seso prudente
Y copia de milagros nunca oida:
Que al fin ha de hacerse lo que Él quiere,
Estórbelo ó resista quien quisiere.

Por cierta analogía de asunto, quiero po-
ner aquí esta octava de Salvador de Cuen-
ca, única que se encuentra con su nombre:

Altísimo saber, sumo, sagrado,
Cuán grandes son tus trazas y rodeos,
Que llevas al siguro apostolado

De aquel incierto cambio á San Mateo,
Y al tartamudo sacas del ganado
Para lengua y caudillo al pueblo hebreo;
Y de Cuba, isleta pobre y chica,
Quien tu supremo reino multiplica.

El fragmento que sigue es el que tiene, en la relación de Dorantes, los dos nombres de *Terrazas* y *Arrázola*: borrado el primero y escrito arriba el segundo. En él se refiere el suceso histórico de la lebreja dejada por Grijalva en Boca de Términos, y encontrada allí por uno de los bajeles de Cortés. Todo lo trae Andrés de Tapia en su *Relación de la Conquista de México*.

Destrozados así como quedamos
Por incógnitos mares nos metimos,
Y más de treinta días navegamos
Y en ellos muchas veces nos perdimos;
Cuando ya la tierra divisamos
La costa de Tabasco descubrimos,
Y demarcando ser el paso cierto
Por aguardarte allí tomamos puerto.

Y sucediónos ya llegando á tierra
Una cosa, señor, maravillosa
Que notándola bien cierto que encierra
Grande merced del cielo milagrosa:
Y fué estar deshaciéndose una perra
En la desierta playa, que era cosa
De ver lo que le aflige un dolor fuerte
Que claro vimos ser de ausencia ó muerte.

Ladra, gime y arrástrase en el suelo
Puesta una vez en pié y otra se echaba,
Otra con el aullido rompe el cielo,
Casi dando á entender que nos llamaba;
Tales extremos hace, tanto duelo
En triste soledad manifestaba,
Que racional criatura no pudiera
Mostrar más vivo el mal que padeciera.

Visto que fuimos ya desembarcando
Extremos de alegría está haciendo,
Tales que á todos anda visitando
Por toda la compañía discurriendo,
Los unos y los otros halagando
Con la cola, ó las manos, ó lamiendo;
Y ya que de su bien se hubo segura
Alegre se metió por la espesura.

En la playa nosotros ya alojados,
Admirados del caso peregrino,
De pura hambre todos desmayados,
La lebreja siguiendo su camino,
En los aires nos trujo tres venados
De tres veces que fué corriendo y vino,
Tan grandes, tan hermosos y tan bellos,
Que todo el campo se hartó con ellos.

Que están aquellos frescos bosques llenos
De gran diversidad de montería;
Liebres, conejos, muchos y muy buenos,
De que tanta abundancia nos traía,
Que más de veinte fueron, por lo ménos,
Los que juntaba el campo cada día;
Con que todos muy bien nos sustentamos
Y aun cecina muchísima guardamos.

Mira las pieles por la nao tendidas
De que las gavias todas vienen llenas,
Que aunque muchas echamos por perdidas,
Casi no se parecen las entenas.
Después de Dios, por esto con las vidas
Escapamos de tanta hambre y penas.
Y este es, señor, el fin de mi suceso,
Y de mis desventuras el proceso.

Mi Dios, dice Cortés, cuán llano y cierto
Está el socorro en tí de tus criaturas,
Los navegantes traes al dulce puerto
Y sustento en los yermos les procuras:
Con pan á San Anton en el desierto
Buscaba el cuervo allá en las espesuras:
Y aquí á los tuyos que en aprieto viste
Con piadosa clemencia socorriste.

Gracias te doy, Señor, humildemente
Por tantos beneficios recibidos;
Y dámela tú á mí, Jesus clemente,
Para que mis deseos sean cumplidos.
Y aquella infinidad de cruda gente
Por mi mano á tu fe sean reducidos:
Y pues tu causa es esta que procuro
De tu socorro voy cierto y seguro.

Cuenta Terrazas la pesca de un tiburón, y lo que dice está confirmado por la *Relación* de Andrés de Tapia, incluso lo de haber hallado muchas y extrañas cosas en el vientre del animal, aunque no todas las que Terrazas enumera,

Calmádoles ha el aire en un momento
Y las hinchadas velas se han caído,
Que no surtiendo ya soplo de viento
Todo quedó suspenso, enmudecido.
Cortés nuevo pesar nuevo tormento
Dentro de las entrañas ha sentido
De ver cuántos estorbos se ofrecían
Que seguir este viaje le impedían.

Y no le dió lugar un monstruo horrendo
Para poder parar en esta pena,
Que por entre la flota entretejiendo
Un bulto señalaba de ballena;
Con tanta ligereza discurriendo
Que los ojos le siguen á gran pena;
Del agua que levanta á borbollones
Tiemblan entenas, mástiles, timones.

Con una y otra nave se empareja,
Esta y estotra espanta de pasada,
Como con el villano anda la abeja
Que del panal de miel fué despojada;
Al rostro y á la mano y á la oreja
Acude á la venganza de enojada,
Y así lo muele, cansa, atemoriza,
Con tal velocidad lo martiriza.

Donde á tocar tantico se desmanda
Caer un monte encima les parece,
Con tal presteza á todas partes anda
Que en un punto parece y desaparece;
Corriendo acuden todos á la banda
Do sienten allegarse al fiero pece:
Aquí súbito claman, allí callan,
Aquí se desaparece, allí lo hallan.

Un pequeño rejón es el anzuelo,
Un gran carnero el cebo fué que coma,
La boya es un barquillo pequeñuelo,
Sirve de volantín una maroma
Atado el cabo della junto al suelo
Al pié del árbol do más fuerza toma,
Y desde allí el nadar derecho trae
Al agua el grave peso y cebo cae.

Tal es la ligereza y el deseo
Que de cebarse el tiburón traía,
Que parece que un hombre diestro veo
La pelota jugar de gallardía,
Y dar tan presto algún botiboleo
Que casi un solo bote parecía:
Así que el cebo al agua apénas toca
Cuando cogido va en la fiera boca.

Y aun no bien dentro della el cebo halla
Cuando en el ancho vientre lo aposenta;
Aquí fué el miedo, aquí fué la batalla,
Aquí la confusión y la tormenta;
En sintiendo tirarse de la agalla
Bufando corre, el agua al cielo avienta,
Ya salta, ya se encoge y hace bola,
Ya cimbra con el cuerpo y con la cola.

El fiero pece de grandeza inmensa,
Como caballo cimarron cansado,
Resiste sin velle la defensa
Y fácilmente va donde es halado:
Admírase la gente, está suspensa
Viendo muerto al diabólico pescado:
Con prisa acuden todos y contento
A ver el terrible portento.

Libres de tantos miedos y embarazos
De todas partes armas han traído;
Allí prueban la fuerza de los brazos
Con tanta rabia cuanto el miedo ha sido:
Dentro en la mar lo hacen mil pedazos
Para que pueda arriba ser subido:
Sobre cubierta el vientre le han abierto,
Cortando á su placer en cuerpo muerto.

Como se ha visto algun conejo lleno
De varias menudencias atestado,
O por mejor decir, todo relleno
Que para alguna boda estaba asado;
Desta arte abierto el espacioso seno
Mil diferentes cosas ha mostrado,
Y quinientas raciones de tocino
Que de todas las naos cogiendo vino.

Que cuanto á desalar el agua echaban
Tanto les iba el tiburón cogiendo,
Agora aquí los dueños lo cobran
Sus propios ataderos conociendo.
Bien eran diez tocinos los que estaban
Hechos raciones y en el vientre horrendo:
Y dicen más sabrosas las hallaron
Que las que á desalar al agua echaron.

Con sus cabezas pieles de carnero
Hallaron siete en el relleno extraño,
Cinco zapatos, un cajon entero
Y dos platos tambien tiene de estaño:
Un pequeño barril de un marinero,
Dos bonetes con un calzon de paño;

Tambien tiene en el vientre cuatro quesos
Y grande cantidad de mundos huesos.

El pedazo del pece á piés median
El resto por aquel considerado;
A cada novedad que descubrian
Nuevo alboroto y risa levantando.
De lo que ántes tan gran temor tenian
Hacen agora juego y van burlando:
La cabeza por sí, ya fria y muerta,
Aun daba tenazadas boquiabierta.

De la relación del famoso hecho de la
destrucción de las naves, no queda más que
esta pobre octava anónima:

Mas Dios que al fin de todo ve y alcanza
Pone en las voluntades y las vidas
Ánimo de seguir con esperanza
Las cosas menos ciertas y sabidas.
Y así con esta firme confianza
En las ondas del mar estremecidas
El famoso Cortés las naos barrena
Por morir ó triunfar en tierra ajena.

Y de Terrazas hay esta otra que por las
circunstancias con que las trae Dorantes
y por lo que pasó entónces, parece refe-
rirse á la expedicion de Narvaez.

¿Qué es lo que no podrán hacer los dones?
¿A qué fiera la dádiva no doma?
¿Dónde hay más eficaces persuasiones,
Y quién más presto cualquier lengua toma?

No hallo yo entre todas las naciones
Con quien el interes no duerma y coma;
A sabios ciega, á poderosos vence,
A los dioses aplaca y los convence.

No quedan más fragmentos pertenecien-
tes á la acción del poema; pero hay otros
dos que en cierta manera vienen á caracte-
rizarle y á darle el colorido de la época.

Desde los tiempos mismos de la conquis-
ta comenzaron las quejas de los compañe-
ros de Cortés contra su capitan, porque se
atribuía toda la gloria, y se reservaba lo
mejor de las ganancias de la empresa. En
las historias, su enclarecido nombre ofus-
caba el de los valientes soldados que á cos-
ta de sangre y vida levantaron el pedestal
de la grandeza del héroe: reclamaban con
justicia su parte de fama, y á este resentimien-
to debemos la inestimable crónica de
Bernal Díaz, que con ella se propuso rei-
vindicar para sí y para sus compañeros lo
que de aquellos claros hechos les tocaba,
contra el historiador Gomara que se mos-
traba injusto con desdeñoso silencio.

Pero las quejas de esa clase eran las mé-
nos: el interés hacía el papel más principal.
Cortés, como todos los caudillos de aven-
tureros, no había sido avaro de promesas
para llevarlos á la expedicion. A la hora de

cumplirlas, si tal propósito tuvo, hallóse con la dificultad ordinaria en tales casos. Los servicios no habían sido iguales, y no podían serlo las reeompensas. Mas nadie se conforma con el lugar que le toca en la escala, y para un satisfecho quedan cien agraviados. Cortés, en verdad, no tenía un reino ó provincia para cada uno de sus compañeros, pero ni siquiera guardó equidad en el reparto, porque al dar descubrió aficiones injustas, y al tomar, despues de haber sacado para sí su quinto de los despojos, se reservó ampliamente lo mejor de la tierra, hasta formarse un poderoso señorío. Requerido para que cumpliese sus promesas, cuéntase haber respondido que ya no tenía la gobernacion y le era imposible enmendar lo errado; pero que si otra vez se veía con mando, cuidaría de hacerlo mejor. A esto tal vez aluden las siguientes octavas de Terrazas.

El grande rey Francisco que en Pavia
Con daño suyo dió tal gloria á España,
Contando la batalla se ofrecía
Ganalla de otra vez puesto en campaña.
Yo en la primera para mí querría
Tener ventura junto con la maña,
Porque jamás se ha visto juego entero
Ir por los mismos lances que el primero.
Cual juegan dos contrarios jugadores

Pensando cada cual que al otro engaña
Con mil engaños que ellos llaman flores,
Uno alburea la suerte, otro la apaña.
Junta encuentros el uno, otro mejores,
El uno amarra bien, otro maraña:
Y cada cual á su cautela atento
No tiene cuenta en el contrario intento.
Y no hay dudar que el caso más dañoso
Es el que á veces ménos se recela;
¿Mas quién sabe si es bueno ó si es odioso?
Lo que cubierto está con otra tela?
En fin el manso vado es peligroso
Más que el que con corriente brava vuela,
Y aun en el ajedrez es cosa cierta
Ser más dañoso el lance de encubierta.

A pesar de todo, los conquistadores en general no quedaron mal acomodados: eso y la lealtad que guardaban á su antiguo capitán, hacían que no se extremaran en sus quejas: ántes bien, cuando los individuos de la primera Audiencia pusieron entre los cargos á Cortés, el de haber tomado cierto oro sin dar la parte debida á sus soldados, éstos se reunieron y declararon por escrito que nada pedían ni reclamaban de aquello, pues con su consentimiento se había enviado al rey: accion generosa que les valió ir á la cárcel y ser condenados á dertierro, aunque no se llevó á efecto la pena.

Con el trascurso del tiempo cambiaron

mucho las cosas. Los conquistadores fueron acabando poco á poco, y sus descendientes se excedían en las acusaciones, porque no habían conocido al Marqués ni sentido la influencia que ejercía en cuantos le rodeaban. Las encomiendas siempre mal vistas por el gobierno, sólo se concedieron, casi á fuerza, para tres vidas. En muchos casos se habían quitado á los poseedores con alguna causa ó pretexto: otros las perdían por espiración del término: quién empeñaba las rentas, quién las dejaba menoscabar por negligencia: las familias crecían, y se formaban ramas nuevas que no contaban ya con esas mercedes: resultando de todo, que en los últimos años del siglo muchos de los hijos y nietos de los conquistadores estaban reducidos á la miseria. Formaban ó pretendían formar una especie de aristocracia que desdeñaba todo comercio, granjería ó trabajo honesto, y faltándoles ya las encomiendas, se alampaban á los empleos con tal furia, que no dejaban respirar á los virreyes, y aún sofocaban á la corte con un diluvio de memoriales y relaciones de méritos. Para todo se creían aptos por sólo su abolengo. Eran, en suma, una nube de vagos con humos de grandes señores, que veían de reojo á los españoles llegados despues de la conquista, porque con

mejor acuerdo se dedicaban á trabajar en el comercio ó en la labor de la tierra. De su industria sacaban comodidades que los de alcurnia de conquistador veían con envidia, y la desahogaban con morder desapiadadamente á los que llamaban advenedizos, aprovechando el lado ridículo de algunos embusteros arrogantes que llegaban contando maravillas de sus riquezas y linajes, cuando de á legua descubrían la burda tela de su baja y estrecha cuna. Así comenzaba desde temprano el odio entre españoles y criollos. Para mí tengo que los poemas de la Conquista que entónces se escribían, llevaban mezclado un granillo de memorial de pretendiente, porque en ellos se encarecían las hazañas de los conquistadores; y sin apuntar directamente á Cortés, se le soltaban algunos tiros por tablilla. D. Antonio de Saavedra Guzmán, de ese linaje y que fué á pretender en corte, abrió el canto XV de su *Peregrino Indiano* con una impertinente lamentacion de la miseria en que vegetaban los hijos y nietos de los conquistadores, dándose entre ellos lugar señalado. Más modesto Terrazas, no habló de sí propio, sino que se queja en general con mayor sentimiento y mejor traza que su compañero, como vamos á verlo en estas no malas octavas.

Dichoso el bebeficio que merece
Ser del que le recibe agradecido,
Y desdichado aquel que le acaece
Ser por el bien que hizo aborrecido.
Magnánimo Cortés, aquí se ofrece
De ingratitud un caso conocido,
Que se atribuye á vos alguna culpa,
Culpa que ya jamás tendrá disculpa.

Si los de Don Pelayo restauraron
La noble España, andaba el rey presente,
Y el famoso renombre que aumentaron
Permaneciendo va de gente en gente,
Y el rico premio que con él ganaron
Fué tambien largo, honroso y preeminente.
Y ocupan hoy con honra, á maravilla,
Los mejores lugares de Castilla.

Y aquellos famosísimos Romanos
Cuando victorias grandes alcanzaban
Los premios eran casi sobrehumanos
Que en triunfo solenísimo les daban;
Y por maestros de curiosas manos
Estatuas de metal les fabricaban,
Con que su fama nunca se acabase
Y su claro valor se eternizase.

Eumenes, capitan que fué elegido,
Sabio y fuerte varon, de aquel senado,
Contra el bravo Antioco que había sido
Enemigo de Roma declarado;
Aunque él y el campo fueron á partido
Por mano de los cónsules pagado,
Como su gran lealtad y esfuerzo vieron
Cuantas tierras ganó, tantas le dieron.

Ricas ciudades, villas y lugares
En premio recibió del vencimiento,
Con ser sin cuento de oro los millares
Con que le socorrió el ayuntamiento.
Y sin que cite premios singulares,
Generales se saben y sin cuento:
Lleno está el siglo por guardar las leyes,
De generosas pagas de los reyes.

Hasta los que no guardan la divina,
Que razon natural sólo rastrean,
A aquellos premian y honran más aina
Que en servir á sus reyes más se emplean.
Todo hombre humano á piedad se inclina
Todos la quieren, aman y desean:
Solo á tí, triste México, ha faltado
Lo que á nadie en el mundo le es negado.

Llorosa Nueva España, que deshecha
Te vas en llanto y duelo consumiendo,
Vente mis ojos tristes tan estrecha,
Va el pernicioso daño así cundiendo,
Que el ser tan estimada no aprovecha
Del gran Felipe para no ir cayendo
De tiempo en tiempo siempre en más tristeza,
En más miserias, hambres y pobreza,

Que aunque vireyes casos semejantes
Remedian con piedad á duras penas,
De quien este dichoso tiempo y ántes
Has tenido favor á manos llenas:
Si los más que te habitan son tratantes
Que te agotan la sangre de las venas,

Si falta quien se duela de tu daño
Forzoso ha de ir creciendo el mal extraño.

¿Qué es de aquellos varones excelentes
Que con su propia sangre te regaron
Cuando ganando nombres permanentes
En tí la fe con viva fe plantaron?

¿Dó aquella santa edad, aquellas gentes
Que tu valor consigo se llevaron?
¿Dó están los siglos de oro? ¿Qué es del pago,
Que sólo veo cenizas de Cartago?

¿Qué daño es este que tras tí camina,
Que tan trocada estás de lo que fuiste?
¿Cuál infelice estrella predomina?
¿Qué tiempo es este tan adverso y triste?
Si es que el alto cielo determina
Que no veas más la gloria en que te viste,
De dolor en dolor á peor estado
Que te condena ya el preciso hado:

Y si los pocos hijos que en desiertos
Te quedan con miseria y con afrenta
Hacen tus graves daños ser tan ciertos,
Echada con piedad la justa cuenta;
De tí nos echa como á cuerpos muertos,
Que cual Jonás causamos la tormenta,
Que si ha de haber bonanza con hacello,
No quede de nosotros un cabello.

Juegue la Parca la guadaña airada,
Remátese con muerte tanta pena,
Quede de propios hijos descargada
Y de extrañas naciones harta y llena;
Si por ser tu tiniebla así alumbrada,

Convertida ya en luz clara y serena,
Con muerte pagas, muerte es la que pido,
Si muerte ha de ser fin de lo servido.

Madrastra nos has sido rigurosa,
Y dulce madre pía á los extraños;
Con ellos de tus bienes generosa,
Con nosotros repartes de tus daños.
Ingrata Patria, adios, vive dichosa
Con hijos adoptivos largos años.
Que con tu disfavor fiero, importuno
Consumiendo nos vamos uno á uno.

Que de mil y trescientos españoles
Que al cerco de tus muros se hallaron,
Y matizando claros arreboles
Tus oscuras tinieblas alumbraron,
Cuando con resplandor de claros soles
Del poder de Satán te libertaron,
Contados nietos, hijos y parientes,
No quedan hoy trescientos descendientes.

Los más por despoblados escondidos
Tan pobrísimos, solos y apurados,
Que pueden ser de rotos y abatidos
De entre la demás gente entresacados:
Cual pequeñuelos pollos esparcidos
Dezmados del milano y acosados,
Sin madres, sin socorro y sin abrigo,
Tales quedan los míseros que digo.

Dejémoslo á solas padeciendo,
Pues para solos y sin bien nacieron;
Vayan en su miseria pereciendo
Pues sus padres tan mal lo previnieron,

Que es ir en infinito procediendo;
Volvamos al origen que tuvieron,
Que fué la causa deste mal notable
Serles Cortés tan poco favorable.

Pues con vidas y sangre os ayudaron,
Magnánimo Cortés, estos varones,
Y vuestro nombre y fama eternizaron
Que vuela de naciones en naciones,
Y estados permanentes os ganaron
A costa de sus mismos corazones,
Y de Marqués el ínclito renombre
Dellos tuvo principio y claro nombre:

Y pues los caros compañeros fueron
Vivo instrumento para el bien que os vino,
Regando con la sangre que vertieron
De vuestra suerte próspera el camino,
Con ánimo del cielo que tuvieron
Para tan alta empresa cual convino,
Bien fuera que quedaran satisfechos
Tan milagrosos y tan altos hechos.

Si por ser vuestro ejército tan bueno
Es única en el mundo vuestra espada;
Si está desta hazaña el mundo lleno
Y sólo á vos la gloria dedicada:
¿Qué premio puede haber en lo terreno
Que iguale á tanta sangre derramada?
Precio de tantas almas para el cielo,
Aumento y gloria del cristiano suelo.

Y si el sacro Monarca que reinaba,
A quien se hizo el único servicio,
Dijo que cuanto hicistes aprobaba

Y en esto os daba á vos su real oficio:
¿Cómo en premio tan justo se acertaba
Un bravo corazón que tan propicio
Al largo cielo tuvo á sus proezas,
Inauditas hazañas y grandezas?

¿Dó está la fé de serles que pusistes
No señor sino padre verdadero,
Cuando en Cuba al partir les ofrecistes
Por premio á cada cual un reino entero?
Riquezas, honra y gloria prometistes
Para el felice tiempo venidero,
Y sólo han ido siempre en tantos años
Siguiéndose unos daños á otros daños.

Ya que no fueron títulos ni estados,
De que tan dignos sus servicios eran,
Que así como por vos fueran nombrados
Para siempre jamás permanecieran;
Siquiera ya que sólo encomendados
Las encomiendas que perpetuas fueran,
Y no que ya las más han fenecido
Y los hijos de hambre perecido.

Y algunas tambien quedan sucedidas
Por líneas trasversales procediendo,
Que no habiendo llegado á las tres vidas
Quedan por matrimonios poseyendo;
Las propias partes ya destituidas
Mil miserias y afrentas padeciendo,
Y el fruto habido sangre derramando
Viéndolo á extraño dueño estar gozando.

Otra lástima es esta que pudiera
Con mil causas de nuevo lamentalla,

Dejémosla, que aunque Argos me volviera
No pudiera con mil ojos lloralla.
Porque paga tan justa y verdadera
Debe Dios, como sabio, de guardalla,
Viendo que temporal no es suficiente,
Que vayan á gozalla eternamente.

Con seriedad se quejaban estos poetas
que podemos llamar de alto coturno; pero
en aquellos días de epidemia versificadora
no podían faltar, ni faltaban, otros festivos
ó satíricos que esgrimieran la péñola con-
tra una sociedad tan poco de su gusto. *Un
curial*, que así á secas le nombra Dorantes,
desahogaba su mal humor con este so-
neto:

Minas sin plata, sin verdad mineros,
Mercaderes por ella cudiciosos,
Caballeros de serlo deseosos,
Con mucha presuncion bodegoneros:

Mujeres que se venden por dineros
Dejando á los mejores más quejosos;
Calles, casas, caballos muy hermosos,
Muchos amigos, pocos verdaderos:

Negros que no obedecen sus señores,
Señores que no mandan en su casa,
Jugando sus mujeres noche y día:

Colgados del virey mil pretensores,
Tianguéz, almoneda, behetría,
Aquesto en suma en esta ciudad pasa.

Ingrato se muestra el curial, porque la
ciudad de México, con sus continuos é in-
terminables pleitos, era para esa gente una
tierra de promision. Un anónimo «práctico
y aun teórico,» dice Dorantes, la emprendía
con la tropa en este otro soneto:

Niños soldados, mozos capitanes,
Sargentos que en su vida han visto guerra,
Generales en cosas de la tierra,
Almirantes con damas muy galanes:

Alféreces de bravos ademanes,
Nueva milicia que la antigua encierra,
Hablar extraño, parecer que atierra
Turcos rapados, crespos alemanes.

El favor manda y el privado crece,
Muere el soldado desangrado en Flandes
Y el pobre humilde en confusion se halla.

Seco el hidalgo el labrador florece,
Y en este tiempo de trabajos grandes
Se oye, mira, se contempla y calla.

No deja de ser curioso, y rasgo que pinta
las ideas de aquellos linajudos, eso de que-
jarse de que el industrioso labrador florece,
mientras que el inútil hidalgo estaba
seco, como merecía estarlo. Lo que hay que
leer también es la furibunda invectiva que
lanza Dorantes contra las Indias, de que
daré algunas muestras, siquier no sean muy
del caso. «Oh Indias ¡oh conquistadores lle-
nos de trabajos! . . . ahora ya es llegada la

sazon dond  luce más el engaño y la mentira y la ociosidad y el perjuicio del próximo, con que vendiendo vino   especias   sinafabas   hierro viejo se hacen grandes mayorazgos,   hinchen este mundo con milagros fingidos, sin ser agradecidos   Dios ni   los que los crecieron en su desnudez del polvo de la tierra, para llegarlos   tan poderosos.  Oh Indias! vuelvo   decir: confusion de tropiezos, alc. . . . de haraganes, carta ejecutoria de los que os habitan; banco donde todos quiebran, depósito de mentiras y engaños, hinchazon de necios, burdel de los buenos, locura de los cuerdos, fin y remate de la nobleza, destruccion de la virtud, confusion de los sabios y discretos: devaneo y fantasía de los simples y que no se conocen  Oh Indias! anzuelo de flacos, casa de locos, compendio de malicias, hinchazon de ricos, presuncion de soberbios, . . . juguete de vanos, ascension de livianos y desvergonzados, trujaman de tr mpas, alcohol de hurtos, ojos quebrados   lo bueno y de lince y claros al daño de su vecino.  Oh Indias! mal francés, dibujo del infierno, tr fago de behetr a, igualdad en el trato, comunidad de todos lodos con que ciegan vuestras riquezas y no hartan al más templado. . . .  Oh Indias! madre de extraños abrigo de foragidos y delincuentes, patria

comun   los innaturales, dulce beso y de paz   los reciénvenidos, lisonjas de los que se precian, hartura de los hambrientos, paño con que cubr s y vest s   los desnudos.  Oh Indias! madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales, azote de los propios, cuchillo de los vuestros, rabia de los discretos y asno que llevan   cuestras, paciencia de los prudentes que os consideran, risa de los virtuosos que os menosprecian, j glar   los ojos cristianos, lobo carnicero que no se harta de la sangre de los inocentes, zorra que   todos convida y halaga y despues degtiella: fisga de imaginaciones, ídolo de desenvueltos y que adoran vuestro tesoro como   la est tua de Nabucodonosor, ídolo de Satanás, frenesí de cudiciosos; con que acabo lo mucho que pudiera sentir. »

La inquina contra los advenedizos se descubre por todas partes, y aparece clara en este soneto anónimo:

Viene de España por el mar salobre
A nuestro mexicano domicilio
Un hombre tosco sin algun auxilio,
De salud falto y de dinero pobre.
Y luego que caudal y ánimo cobre,
Le aplican en su bárbaro concilio,
Otros como él, de César y Virgilio
Las dos coronas de laurel y robre.